

Preludio

No es un buen día para Gretel. Ni una buena vida.

Se levanta de la cama y enciende un cigarrillo. Ha tenido otra pesadilla. El humo asciende perezoso en volutas grisáceas que van llenando el cuarto, ayudadas por bocanadas exhaladas con violencia. La habitación le parece asfixiante con su papel pintado y sus caros muebles de época atestando cada rincón.

Contempla su cuerpo desnudo en un vetusto espejo de pared. Siempre ha estado orgullosa de su silueta atractiva y sus pechos firmes y esbeltos, le han proporcionado tantos momentos de placer... Un dedo traza una línea entre su cuello y su pezón. El vello de los brazos se le encrespa. La otra mano desciende en busca de la humedad de su clítoris. En la habitación contigua los gemidos de Hansel y su acompañante se unen a sus propias fantasías. Se masturba con urgencia, saturada por el desencanto y el olor a viejo y gris que impregna el lugar.

<<Jodiendo todo el día como animales, esa es la salida>>.

Hace mucho, mucho tiempo, en un lugar no tan lejano...

La pequeña Gretel no entendía nada.

Tenía frío por las noches. Era por algo llamado crisis. Antes su padre trabajaba vendiendo seguros y su madre como dependienta en unos grandes almacenes. Ahora se dedicaban al negocio del reciclaje. Pero el algo no iba bien, eso era evidente incluso para una niña de seis años recién cumplidos. Sus padres discutían por las noches y cada día estaban más delgados y ojerosos. Gretel era feliz, es cierto que cada vez tenían que comer más puré- y ella odiaba su sabor como pocas cosas-, y que le hubiera gustado estrenar más vestidos y no tener que usar los suéteres viejos de su hermano, pero pese a todo era feliz.

La crisis, que no tenía muy claro que era, pero sí sus consecuencias, como no poder comprar ropa y juguetes nuevos, parecía afectar también al resto de la gente.

Además todo el mundo quería a Gretel. No podía ser de otra manera.

Un chico de la escuela se burló una vez diciendo que sus padres se dedicaban a rebuscar entre los desperdicios y que ellos eran unos come-basura. No le creyó. Por suerte Hansel le dio su merecido.

-Nadie se mete con mi familia- le dijo; y le propinó una paliza que tardó bastante en olvidar.

En el colegio todos respetaban a Hansel. Tenía trece años, pero aparentaba ser mayor, era más alto que muchos chicos de los últimos cursos y su complexión correspondía más a la de un joven veinteañero que a la de una adolescente. Sólo su rostro barbilampiño y su voz todavía de barítono delataban su auténtica edad. Todo ello rematado por un cara de rasgos duros y marcados, y un fría mirada gris que pocos eran capaces de sostener. Si hubiera querido bien podría haber sido el matón o el justiciero, pero ni uno ni otro extremo iban con su carácter. Prefería mantenerse al margen, defendiendo a los suyos, su hermana y cuatro afortunados a los que consideraba amigos.

Una mañana en la que el frío fue especialmente intenso recibieron un envío certificado. El teléfono hacía meses que había sido desconectado. Sus padres leyeron y releieron la carta, pasándosela de uno a otro, y dirigiéndose apenas unos monosílabos. Su madre no podía contener las lágrimas y Gretel no entendía nada. ¿Qué nueva maldad iba a causar ahora la crisis?

Esa misma tarde recibieron la visita de un asistente social, el señor Gunter Kårs, un hombre gris en un traje gris. Era joven, pero el tono mecánico y aburrido de su voz le hacía parecer a los ojos de la niña tan viejo como un abuelo. Peor aún pues no había rastro de dulzura en sus palabras. La llamaron a la cocina junto a su hermano Hansel para

decirles algo. El joven viejo gris había sacado de un maletín gris unos papeles que su padre revisaba ceñudo. Su madre les tendió unos folletos entre lágrimas. Era un centro asistencial.

- Pero yo no me quiero ir- protestó la pequeña.

- Es sólo una temporada, cariño – contestó su madre. Su padre guardó silencio, apretando los puños con fuerza por la rabia y la impotencia.- Sólo hasta que las cosas vuelvan a ir mejor-. Los ojos de su madre comenzaron a brillar, pero no llegaron a derramar una lágrima.- Además es aquí cerca, así que iremos a veros todos los fines de semana.

Gretel comenzó a llorar.

- ¿Pero qué hemos hecho mal, mamá? Te prometo que no lo volveremos a hacer.

Su padre se levantó y abandonó la cocina precipitadamente.

-Cállate Gretel- ordenó Hansel.

Interludio

Carne.

Gretel jamás duda entre la carne y el sexo. Por eso me encanta, mi dulce Gretel, mi ángel sin corazón. Esta vestida sólo con un delantal y unas zapatillas. Disfruta derrochando calefacción. Gretel prepara un grueso chuletón de carne a la parrilla. Después de eso no podrá comer nada más en todo el día, pero nunca se priva del sabor de una buena pieza de carne roja.

Hace mucho, mucho tiempo, en un lugar no tan lejano...

El centro asistencial La Casita era uno más de los hogares de acogida que el gobierno había puesto en marcha con la llegada de la crisis. Algún asistente social ingenioso había ordenado pintar la fachada en colores pastel y los barrotes de las ventanas simulaban el color de los palotes de caramelo. Sobre la puerta de entrada un cartelón con letras multicolores anunciaba “Centro la casita”. Pese a todos los esfuerzos el resultado resultaba deprimente.

Llegaron un jueves por la mañana en el coche gris metalizado del joven viejo gris, sólo dos días después de su primera visita. Al bajar del automóvil Gretel se fijó en las pistas para fútbol y voleibol. Estaban vacías a aquellas horas tan tempranas y sus grandes y lustrosas verjas que parecían querer arañas el cielo con los remates de alambre de espino.

La entrada al despacho de la directora del centro era una enorme puerta de roble, oscurecido por el barniz y el tiempo. El joven viejo gris les hizo pasar tras haber llamado levemente a la puerta. La directora era una mujer joven, rubia, con unas finas gafas de pasta sobre el arco de su bien perfilada nariz. Les miró de uno en uno, aunque a Gretel le pareció que fijó la mirada en Hansel más tiempo que en los demás.

-Les doy la bienvenida a La Casita. – comenzó la mujer.- Antes de nada quiero comunicarles que están tomando la mejor decisión. Como les habrá contado nuestro trabajador social –dedicó una sonrisa al joven viejo gris- el estado sólo elabora una lista con los casos que tal vez sean susceptibles de necesitar ayuda, pero la última palabra siempre la tendrá la familia.

-Pero yo no quiero quedarme...- se atrevió a protestar Gretel.

Su hermano mayor la mandó callar de inmediato, pero el comentario hizo mella en todos. Su padre miraba hacia el suelo entre rabioso y avergonzado y su madre agarraba tan fuerte el bolso que se le habían quedado los nudillos blancos.

- Tienes que ser valiente pequeña, como tu hermano—. La ternura en la voz de la mujer era conmovedora.- Estoy segura de que disfrutareis enormemente de la experiencia.

Y de nuevo a Gretel le pareció que la directora miraba a su hermano durante demasiado tiempo. Había algo en esa mirada que no le gustaba. Algo malo, pero no podía definir el qué; porque Gretel todavía no sabía, pero no tardaría en saber.

Nadie les importunó. Los típicos camorristas que acostumbran a tantear a los recién llegados en busca de débiles a los que atormentar parecían no existir. La disciplina era absoluta, con unos estrictos horarios que se cumplían a rajatabla. Las clases se impartían en el propio centro, en horario de mañana y por la tarde cada niño tenía asignada una tarea. Lo mejor, al menos para Gretel, era el calor. La calefacción siempre estaba encendida.

Los dos hermanos se quedaron un poco apartados del resto de los niños. No conocían a nadie y estaban un poco cohibidos. Gretel apretaba la mano de su hermano y este alzaba el mentón y miraba desafiante en busca de posibles desafíos. Al llegar la hora de la comida una niña de su misma edad se acercó a ella e, ignorando las miradas de su hermano, comenzó a charlar. Se llamaba Frieda y llevaba ya varios meses allí. En poco tiempo se convirtieron en inseparables.

-¡Hansel!- el joven viejo gris se aproximó a ellos acompañado por un muchacho de unos dieciséis años. –La directora te necesita para que hagas unas tareas.

- Pero hoy es nuestro primer día- suplicó Gretel.

- Tarde o temprano tenía que pasar –respondió enigmáticamente Gunter Kårs. Algo en su voz la intranquilizó profundamente. Tenía la sensación de que algo se le escapaba.- Es mejor que sea cuanto antes

- Pero... - insistió la pequeña.

- No pasa nada – atajó Hansel. – Será sólo un momento-. Dio un golpecito en la nariz a su hermana y la guiñó un ojo. – Pórtate bien renacuaja.

Interludio

Gris.

Hansel siente que un universo plomizo se abate sobre él. Debo ser feliz, se dice. Se intenta convencer, pero una punzada de un sentimiento indefinido se agita en su pecho. Ha tardado años en labrar su prestigiosa posición. Sus primeros días en La Casita son tan lejanos. Lo tengo todo, insiste, pero es inútil. Sabe como controlar la situación. Tensa sus músculos, hinchándolos hasta que le duelen. Le palpitan las sienes. Se regodea en el dolor y en ese lejano gemido apagado. La muchacha deja de patear, su mirada de cristal ha quedado clavada para siempre en el techo. No deja de apretar hasta que escucha un chasquido.

Y el gris desaparece...por el momento.

Hace mucho, mucho tiempo, en un lugar no tan lejano...

Su hermano no regresó hasta la hora de la cena. Le habían dado un chándal del centro asistencial. Gris, aburrido, con el logo de la institución sobre el corazón. A Gretel le gustaba el chándal rosa que su madre le había comprado antes de que dejaran de poder comprar, pero no la dejaban ponérselo.

Hansel fue requerido más días para los trabajos especiales que le mandaba la directora. Volvía siempre tarde, sudoroso y cansado, acompañado por la directora, que lucía una amplia sonrisa después de cada sesión de trabajo.

Los meses pasaron y fueron encontrando su puesto en el centro. Hansel había crecido otro palmo como poco y sus hombros ensanchado dos. Formaba parte de “los

chicos de la directora”. Vigilaban los pasillos, cuidaban el patio, acababan las peleas en el patio, tal vez con más fuerza de la empleada en empezarlas, y sobre todo, hacían esos trabajos para ella. Cuando Gretel le preguntaba que hacían para ella, a Hansel se le desenfocaba la vista.

-Limpieza- contestaba lacónicamente.

Pero ella gozaba de una posición privilegiada, a la sombra de su hermano, y lo mismo era extensible para Frieda. Los otros chicos de la directora no las molestaban, y los otros niños casi las trataban de usted.

Las visitas de sus padres comenzaron a distanciarse, pero a Gretel ya casi no le importaba. Su hermano y Frieda cuidaban de ella. Pero un día su amiga desapareció. Le dijeron que había vuelto con sus padres, que la crisis ya se había marchado de su casa, pero lo raro era que no se hubiera despedido de ella.

Aquella noche, mientras todas las demás niñas dormían, el chirrido de la verja de atrás sobresaltó a la pequeña. Al principio no supo que hacer, pero después la curiosidad le fue ganando terreno al miedo, y con la manta sobre los hombros salió del pabellón de las chicas. Pensó que quizás Frieda hubiera regresado... Los ruidos y las voces la guiaron hasta la entrada a los subterráneos. Nunca les dejaban bajar allí. Decían que era donde estaban las calderas y los arcones frigoríficos. Con un suspiro, puso un primer pie en las escaleras descendentes y se adentró en la oscuridad. Hacía calor, y cuanto más bajaba, más calor. Pronto no necesitó la manta. Los golpes, metálicos y secos le llegaban más nítidos tras cada escalón.

La temperatura contradecía la sensación de frialdad de las blanquecinas luces de los fluorescentes. Agazapada primero tras la curva de la escalera, tras una vieja estufa y un montón de tubos sucios de hollín después, vio a varios de los chicos de la directora trasladando piezas de carne de unas cámaras frigoríficas a las mesas metálicas de despiece.

Su hermano estaba entre ellos. Quiso llamarlo, pero supuso que la reñirían por estar despierta hasta tan tarde, y sobre todo, por haber bajado allí. Observó como trabajaban los chicos, cortando, golpeando, tirando los sobrantes a un barreño con un chapoteo de sangre y coágulo. Los muchachos acabaron y le dieron una palmada en la espalda a su hermano.

- Acaba de limpiar novato. –Su hermano asintió.- Lo hiciste bien ahí fuera.

Gretel esperó a que las pisadas en la escalera se apagaran para salir de su escondite. Cuando su hermano la vio se enfureció.

- ¿Qué haces aquí? ¿No sabes que está prohibido?

- Pero si sólo están las calderas y la comida...

Se fijó en el cubo que sostenía su hermano. Sobresalían un par de pies y manos humanas.

- ¿¡Nos dan de comer gente!?

La niña reprimió una arcada. Se sentía mareada.

- ¿Esto es lo que hacéis para ella? ¿Matáis gente para comer?

- ¡Cállate! ¡No son gente, son escoria! ¡Ellos provocan la crisis, por su culpa nos tuvimos que ir de casa!

La pequeña abrió los ojos desmesuradamente, sacudida por una revelación.

-¿Y Frieda?

La voz de la directora a su espalda paralizó a Gretel: -¿Sabes lo que les sucede a las niñas curiosas?

Intentó girarse. No podía. Le temblaban las rodillas y sus piernas se negaban a obedecer. Hansel tenía la mirada perdida y abría y cerraba la boca intentando hablar, pero sólo conseguía proferir un balbuceo incoherente.

La directora avanzó taconeando a cada paso. Al llegar junto a Gretel clavó una uña en la nuca de la niña y avanzó arañándola el cuello, dejando una fina línea carmesí en

su recorrido. La mujer se colocó junto a su hermano, se llevó el dedo a la boca y lo chupó con deleite. En su otra mano balanceaba un pesado rodillo de madera.

- ¡Dulce! - exclamó. Sumergió los dedos en el cabello de Hansel, le besó en el cuello y añadió: -No explicaste a tu hermanita que la curiosidad mato... al gato. Y nosotros somos expertos cazadores de... gatos. Dime, pequeña, ¿prefieres ser ratón o cazador?

Tardó demasiado en responder. Esa fue su perdición.

Vio venir el golpe. En el último instante trató de apartarse. Fue demasiado tarde. La pequeña Gretel yacía en el suelo como una muñeca desmadejada. Sus piernas y brazos se sacudían con espasmos. Un charco de sangre negra y viscosa se extendía desde su cabeza, empapando las baldosas del suelo.

La directora tendió un cuchillo a Hansel.

- Acaba el trabajo, no permitas que tu hermanita sufra.

El muchacho dudó, pero la mirada de la directora, entre severa y divertida, se impuso a sus escrúpulos.

- Gretel – dijo la mujer remarcando cada sílaba.- Me gusta como suena. Desde hoy me llamaré Gretel. ¿Te gusta, Hansel?

- Sí, señora.

La directora carraspeó.

- Sí, Gretel.